

El lienzo de los colores del espectro.

Había una vez un pequeño pueblo llamado Serendipia, donde la bruma de la ignorancia y el desconocimiento podía respirarse desde cada calle empedrada de este lugar gris y apagado, estructurado rigurosa y milimétricamente tanto en su arquitectura como en su comunidad. Sus habitantes parecían vivir atrapados en una realidad limitada, incapaces de comprender las múltiples facetas que el resto del mundo podía ofrecer. En esta localidad existía una joven llamada Adrien, una chica de espíritu inquieto y profundo que caminaba entre los misterios de una condición que le diagnosticaron cuando sus padres la llevaron con especialistas para descubrir por qué su hija era tan distinta a las demás niñas que habitaban este pueblo. Entonces, le diagnosticaron autismo.

Adrien era un ser que prefería habitar en su universo interno, donde sus estrellas danzaban entre las sombras y los colores de un espectro impensado para las personas con las que se relacionaba día a día; donde el tiempo se ralentizaba a su merced mientras navegaba en un mar de abrumadoras emociones y pensamientos. Aquí, en su interior, sus sentidos se despertaban como luciérnagas encendidas ante los estímulos del mundo exterior: cada sonido, cada luz, cada textura era una ráfaga de información que invadía su mente y su cuerpo con una fuerza arrolladora, mientras que las palabras necesarias para describir lo que sentía se perdían en el torbellino de sus pensamientos, como hojas llevadas por el viento. Por otro lado, la conexión con los demás era como un camino con espinas, con curvas impredecibles y puentes inestables. Esta chica buscaba un puente de comunicación, una forma de expresarse en un mundo que parecía hablar un idioma desconocido, a pesar de que ella era capaz de decodificar y hablar su lenguaje. En sus ojos brillantes y profundos, se escondía un torrente de emociones sin límites, una intensidad que podía desbordarse y embriagarla en cualquier momento, sin previo aviso, pero también se podía percibir, de tanto en tanto, algunos días más que otros, una fuerza resiliente que le permitía levantarse de su cama para camuflarse entre los demás.

Esta joven buscaba refugio en los patrones, en las rutinas que le otorgaban un ancla en este vasto océano de sensaciones, por lo que vivir en Serendipia tenía cierto lado positivo: las casas de piedra reflejaban la rigidez impuesta en las mentes y corazones de cada uno de sus

habitantes y sus vidas, como si estuvieran suspendidas en una coreografía predeterminada, seguían un guion monótono, sin espacio para la improvisación, al que Adrien podía adaptarse para pasar desapercibida, aunque muchas veces esto la dejaba agotada, como si se tratase de un robot que súbitamente se apaga cuando se queda sin batería. Sin embargo, en Serendipia, donde en cada esquina los latidos de la diversidad eran sofocados por un eco ensordecedor de las tradiciones arraigadas, la singularidad de esta chica, que quedaba en evidencia cuando el caos que sentía en su mundo interior se desbordaba hacia el exterior, era vista como una anomalía, un desvío de la supuesta "normalidad" que imperaba en aquel rincón del mundo.

Adrien sentía el peso de la incompreensión sobre sus hombros, pero en lugar de ceder ante el desaliento, decidía transformar lo que sentía en algún tipo de arte. Literatura, música, pintura. Consumir y producir estas bellezas, provenientes de tierras lejanas a la suya, le permitía canalizar lo que experimentaba día y noche, calmando la tormenta que muchas veces se desarrollaba en su interior y ayudándola a intentar abrazar su propia luz, que le servía de guía en un viaje hacia la aceptación consigo misma. Con pasos cautelosos, exploraba los rincones de su ser, buscaba respuestas en las profundidades de su interior y en los misterios que la naturaleza le revelaba, tropezando de vez en cuando, pero consiguiendo levantarse incluso cuando creía que ya no podría hacerlo.

Un día, mientras deambulaba por el bosque, tarareando una melodía que se había estado repitiendo una y otra vez últimamente en su mente y agitando sus brazos al son de esta, Adrien se encontró con una sabia anciana, cuyos ojos destellaban la sabiduría de mil vidas. En un primer momento, la joven se sobresaltó, callándose y paralizándose al instante, pues se creía sola en aquella arboleda que solía otorgarle la soledad que necesitaba tras un día rodeado de personas. Aún así, la anciana se acercó a ella con una sonrisa serena, intentando transmitirle seguridad y calma, y le dijo: "he percibido el brillo de tu espíritu. Tu condición no es un defecto, sino una bendición que te permite percibir el mundo de una forma única".

Adrien quedó desconcertada por las palabras de la anciana, pero sintió una chispa de esperanza crecer en su interior. Con su guía, comenzó a ver su autismo como su propio lienzo en blanco que podía ser llenado con colores vibrantes y pinceladas únicas, tal y como

los demás cuadros que realizaba. Comprendió que su singularidad no era un obstáculo que debía erradicarse, como todos a su alrededor planteaban, sino una oportunidad para tejer su propio tapiz en el gran telar de la vida.

A medida que Adrien exploraba su ser más profundo, descubrió que su autismo era como un prisma mágico, capaz de descomponer la luz en una miríada de colores y matices. Sus palabras eran como las notas de una melodía como las que solía tararear y sus movimientos eran como un ballet etéreo en el que convergen la esencia de belleza, la diversidad y la dificultad, un eco de las armonías que habitaban en su interior.

El pueblo de Serendipia, poco a poco, comenzó a darse cuenta de la riqueza que Adrien aportaba al mundo. Sus metáforas y reflexiones despertaron una sed de conocimiento en los corazones de sus habitantes, quienes lograban, uno a uno, liberarse de sus jaulas y mirar más allá de las apariencias, descubriendo la magia que se oculta en las diferencias.

Adrien se convirtió en un faro de sabiduría para sí misma y los demás, iluminando el camino hacia la aceptación y el respeto. En lugar de temer lo desconocido, el pueblo aprendió a abrazar la diversidad como un regalo precioso que enriquece la existencia humana. Las calles de Serendipia se llenaron de armonía, y la bruma de la ignorancia se disipó, revelando la belleza de la aceptación y el entendimiento mutuo.

Y así, Adrien, el espíritu que desafió las barreras que la sociedad levanta, encontró su lugar en el mundo, y su luz continúa brillando como la esperanza que necesitan aquellos que aún caminan en la oscuridad de la incomprensión. Su historia se convirtió en una lección eterna de que la verdadera aceptación nace cuando nos atrevemos a abrazar las diferencias y a reconocer la belleza intrínseca que reside en cada ser humano, entendiendo que ser diferente es sólo una forma más de ser.